

PARTE I

Herencia, progresismos y nuevas derechas

Introducción: América Latina en encrucijada histórica

América Latina atraviesa, una vez más, un momento de inflexión histórica. La región se encuentra atrapada entre el agotamiento de las experiencias progresistas que marcaron el inicio del siglo XXI y el ascenso de nuevas derechas que ensayan proyectos de ajuste, disciplinamiento social y restauración de privilegios de clase. Este ciclo se inscribe en un escenario global profundamente convulsionado: el viejo orden unipolar hegemonizado por Estados Unidos declina de manera evidente, mientras emergen nuevas potencias, con China y Rusia a la cabeza, y resurgen expresiones anticoloniales en el Sur Global, desde la resistencia palestina hasta las insurrecciones en el Sahel africano. La cuestión que se abre no es menor: o América Latina se resigna a su papel histórico de periferia extractiva subordinada a las disputas, proyectos e intereses de las potencias, o construye una alternativa emancipadora desde abajo, capaz de articular integración regional, poder popular y horizonte poscapitalista.

La herencia estructural del subdesarrollo y la dependencia

Para comprender los límites de los progresismos latinoamericanos y el avance de las nuevas derechas es necesario retroceder al trasfondo histórico de la región. América Latina en general nunca logró romper con el patrón de dependencia configurado desde la colonia. Cuatro siglos de extracción de recursos, subordinación tecnológica y modernización incompleta forjaron una estructura económica frágil, dependiente de la exportación de materias primas y de la importación de bienes de alto valor agregado. Esto sin contar con la dominación cultural y el empobrecimiento educativo.

La industrialización, cuando existió, fue parcial, tardía y vulnerable a los vaivenes de la economía mundial. A mediados del siglo XX, con las estrategias de industrialización por sustitución de importaciones, varios países lograron diversificar parcialmente su aparato productivo, pero siempre bajo el condicionamiento externo de la tecnología importada y la necesidad de divisas. La crisis de la deuda de los años ochenta evidenció la fragilidad de ese modelo: la dependencia financiera era tan grande que cualquier shock externo obligaba a sacrificar el bienestar interno.

El neoliberalismo de los años ochenta y noventa profundizó esta dinámica. La apertura comercial indiscriminada, la privatización de empresas públicas y la financiarización de las economías provocaron la desarticulación de las bases productivas nacionales. La deuda externa se transformó en un mecanismo central de subordinación, drenando recursos fiscales y condicionando cualquier intento de desarrollo autónomo. México es un ejemplo emblemático: tras la crisis de deuda de 1982, se convirtió en uno de los primeros países en aplicar con rigurosidad las recetas del FMI, entregando sectores estratégicos al capital extranjero y abriendo su economía con la firma del TLCAN en 1994. Argentina vivió algo similar con las privatizaciones masivas de los años noventa y la convertibilidad, que desembocaron en la catástrofe social de 2001. Brasil transitó

también un camino de privatizaciones y endeudamiento, con fuerte impacto en su tejido industrial.

La década de los ochenta fue conocida como “la década perdida” en América Latina. Los programas de ajuste estructural impuestos por el FMI y el Banco Mundial llevaron a la reducción del gasto público, a la privatización de empresas estratégicas y a la apertura indiscriminada de los mercados. Países como Perú o Bolivia experimentaron hiperinflaciones devastadoras, seguidas de planes de estabilización que redujeron drásticamente salarios y empleos. Las promesas de modernización se tradujeron en desindustrialización, aumento del desempleo y concentración del ingreso en manos de elites financieras y exportadoras.

Los años noventa consolidaron esa tendencia bajo la hegemonía del llamado “Consenso de Washington”. En prácticamente todos los países de la región, salvo contadas excepciones como Cuba, se impuso un modelo neoliberal que prometía crecimiento a partir de la apertura comercial y la inversión extranjera, pero que en realidad profundizó la desigualdad y debilitó el tejido social. El colapso argentino de 2001, la crisis brasileña de finales de la década, el levantamiento indígena en Ecuador y la inestabilidad crónica en Perú y Bolivia fueron síntomas de un modelo que había agotado su capacidad de legitimación.

Este es el suelo histórico sobre el que se levantaron los gobiernos progresistas de comienzos del siglo XXI. Sin entender ese trasfondo no es posible comprender ni sus logros ni sus límites.

El ciclo progresista: logros, alcances y límites

Los gobiernos progresistas —desde el kirchnerismo en Argentina hasta el PT en Brasil, pasando por el MAS en Bolivia, el chavismo en Venezuela y, más tarde, Morena en México— respondieron a la crisis del neoliberalismo con políticas de redistribución, expansión de derechos y un discurso de inclusión. En muchos casos lograron reducir significativamente la pobreza, mejorar la educación y la salud públicas, aumentar los salarios y generar un clima político de dignidad recuperada para amplios sectores populares.

En Brasil, el programa Bolsa Familia permitió que millones de personas accedieran a un ingreso básico y se redujeran los índices de pobreza extrema. En Argentina, la Asignación Universal por Hijo cumplió un rol similar, incorporando a sectores previamente marginados. Bolivia vivió una auténtica transformación bajo Evo Morales, con la nacionalización de hidrocarburos y políticas de redistribución que beneficiaron tanto a comunidades indígenas como a sectores urbanos. En Venezuela, las misiones sociales del chavismo garantizaron acceso masivo a la educación, la salud y la vivienda, a pesar de la presión permanente del bloqueo estadounidense. México, con López Obrador y la 4T, apostó a una política de rescate del Estado como actor central en la economía, combinando programas sociales con un discurso de soberanía nacional.

La retórica soberanista y latinoamericanista acompañó estas políticas con intentos de integración regional como UNASUR, ALBA o la CELAC que, por un momento, parecieron desafiar la hegemonía de Washington. El rechazo al ALCA en la Cumbre de

Mar del Plata de 2005 simbolizó el punto más alto de esa confianza latinoamericana en construir un camino propio.

Sin embargo, estos proyectos nunca rompieron con la lógica de la dependencia. El extractivismo continuó siendo la base de la acumulación, y con él la subordinación a los precios internacionales de las materias primas. La redistribución se financió con rentas extraordinarias derivadas del boom de commodities, pero no se tradujo en una transformación de la matriz productiva ni en un salto en innovación tecnológica. Los progresismos administraron mejor la inserción periférica, pero no lograron superarla.

En términos gramscianos, encarnaron revoluciones pasivas: incorporaron demandas populares y ampliaron derechos, pero sin desplazar la hegemonía del capital ni construir un bloque histórico nuevo. La inclusión fue real, pero no implicó un cambio en las relaciones de poder. Los grandes grupos económicos siguieron controlando la producción, la banca, el gran comercio y los medios de comunicación. La propiedad de la tierra no se transformó de manera significativa, salvo en algunos casos parciales. La dependencia tecnológica se mantuvo intacta.

El resultado fue una paradoja. Cuanto más avanzaban las políticas redistributivas, más dependían de los recursos externos que ellas mismas no controlaban. Las élites locales y transnacionales toleraron ciertos márgenes de concesión mientras los precios internacionales eran altos, pero cuando la renta disminuyó o las tensiones políticas se profundizaron, desataron ofensivas judiciales, mediáticas y políticas que desembocaron en golpes blandos, destituciones parlamentarias o derrotas electorales. Dilma Rousseff en Brasil, Fernando Lugo en Paraguay, Evo Morales en Bolivia, Manuel Zelaya en Honduras y Pedro Castillo en Perú son ejemplos de cómo el capital y sus instituciones no aceptan que los progresismos sobrepasen ciertos límites.

América Latina osciló, entonces, entre avances parciales y retrocesos abruptos. Cada intento de redistribución enfrentó la fuerza de un orden mundial que coloca a la región en un lugar periférico, subordinado a las necesidades de las grandes potencias. La experiencia demuestra que, sin soberanía financiera, tecnológica y productiva, cualquier proyecto popular queda expuesto a la vulnerabilidad externa y a la ofensiva interna de las élites. Sin un nuevo bloque de fuerzas con base en el poder del pueblo que ejerza el gobierno, no se podrá realizar el proyecto que se planifique.

El fin de ciclo y las nuevas derechas

La erosión de los progresismos no ocurrió de un día para el otro, sino que fue un proceso acumulativo en el que confluyeron factores económicos, políticos y culturales. El ciclo de expansión basado en los precios altos de las materias primas se agotó alrededor de 2013-2014 tras un breve repunte con el desplome del 2008-2009. La caída del precio del petróleo, de la soja, del gas y de otras commodities redujo drásticamente la capacidad de los Estados para sostener políticas de redistribución sin enfrentar tensiones fiscales. El margen de maniobra se estrechó y con él emergieron contradicciones internas que habían estado contenidas durante la bonanza.

A esto se sumó la ofensiva del capital transnacional y de las élites locales, que nunca dejaron de disputar el rumbo político. Las herramientas utilizadas fueron diversas: lockouts patronales como en la Argentina de 2008 frente a la resolución 125, campañas mediáticas de demonización de líderes como Evo Morales o Lula da Silva, procesos de judicialización de la política —conocidos como *lawfare*— que desembocaron en la prisión de Lula o en la destitución de Dilma Rousseff, y finalmente golpes blandos como el Honduras contra Manuel Zelaya en 2009, el de Paraguay contra Fernando Lugo en 2012 o el de Bolivia en 2019. Además de las permanentes campañas de sanciones y desestabilización contra Venezuela.

El desgaste también fue cultural. El progresismo, en lugar de profundizar la organización popular autónoma, tendió en la mayoría de los casos a desmovilizar a sus bases, transformándolas en clientelas estatales. La idea de que los avances podían asegurarse únicamente desde arriba, con liderazgos fuertes y centralización estatal, debilitó la autonomía de sindicatos, movimientos campesinos y organizaciones barriales. Cuando llegó la ofensiva de las derechas, gran parte de esas bases no tenían la fuerza para resistir o estaban demasiado fragmentadas para reaccionar.

En ese contexto de agotamiento y ofensiva, emergieron las nuevas derechas. No se trató simplemente de la vuelta de los viejos partidos conservadores, sino de la aparición de formatos novedosos que combinaron neoliberalismo económico con populismo de derecha en lo político y lo cultural. El ejemplo más visible fue Jair Bolsonaro en Brasil, quien combinó un discurso ultraliberal en lo económico con un estilo autoritario, militarista y apoyado en iglesias evangélicas. En Argentina, Mauricio Macri ensayó una derecha “moderna” y empresarial, apoyada en un discurso de eficiencia y transparencia, aunque su gestión derivó rápidamente en un ciclo de endeudamiento brutal con el FMI y una crisis económica profunda.

Más recientemente, Javier Milei en Argentina radicalizó este modelo al presentarse como un outsider de la política tradicional, encarnando un discurso de anarcocapitalismo que propone la eliminación del Estado como garante de derechos sociales. Su llegada al poder no puede entenderse solo como un fenómeno nacional, sino como parte de una ola global donde figuras de la extrema derecha logran canalizar el malestar social producto de la crisis del neoliberalismo y la social democracia. En este sentido, Milei comparte rasgos con líderes como Trump en Estados Unidos, Vox en España o Kast en Chile, aunque con especificidades propias del escenario argentino.

Las nuevas derechas se sostienen en varios pilares:

1. **Ajuste económico y disciplinamiento social.** Bajo la retórica de la eficiencia y la libertad, implementan programas de austeridad que trasladan los costos de la crisis a las mayorías populares. El endeudamiento externo, las privatizaciones y la apertura indiscriminada a las importaciones destruyen el aparato productivo local, pero fortalecen al capital financiero y a los sectores exportadores.
2. **Conservadurismo cultural y moral.** Apelan a valores tradicionales, muchas veces asociados a iglesias evangélicas o sectores católicos conservadores, para reforzar una agenda de control sobre los cuerpos, en particular de las mujeres y disidencias sexuales. Buscan reponer un orden patriarcal y jerárquico, presentándolo como reacción frente a las “amenazas” del feminismo o de la diversidad sexual.

3. **Militarización y criminalización de la protesta.** La protesta social es presentada como amenaza a la democracia y al orden. Se habilitan marcos legales más represivos, se fortalece el rol de las fuerzas armadas en la seguridad interna y se naturaliza la violencia estatal como herramienta de gobierno.
4. **Marketing político y redes sociales.** A diferencia de las viejas derechas, las nuevas utilizan con enorme eficacia las redes sociales y el marketing digital. Construyen identidades políticas fragmentarias, apelan a emociones antes que a programas coherentes y se valen de fake news para erosionar a sus adversarios.

El caso brasileño es emblemático: Bolsonaro logró instalar un sentido común reaccionario a través de las redes y WhatsApp, erosionando la narrativa progresista del PT. En Argentina, el macrismo y luego el mileísmo usaron Twitter, YouTube y TikTok para interpelar a nuevas generaciones, desplazando el debate político hacia un terreno emocional y simplificado.

En Ecuador, tras la década de Rafael Correa, emergió una derecha encabezada por Lenín Moreno primero —quien, tras ser electo como continuador del progresismo, giró hacia el neoliberalismo— y luego por Guillermo Lasso y Daniel Noboa, que reinstalaron el ajuste, se acercaron al FMI y profundizaron la represión frente a la movilización indígena. En Perú, la derecha utilizó una combinación de racismo estructural y lawfare para destituir a Pedro Castillo, un maestro rural que había despertado expectativas de cambio en sectores históricamente postergados.

Todas estas experiencias muestran que las nuevas derechas en América Latina no son meras repeticiones de los noventa. Su novedad reside en la combinación entre ajuste neoliberal y populismo de derecha, en la utilización intensiva de tecnologías digitales para la manipulación política y en su capacidad de articular descontentos sociales contra enemigos internos —los migrantes, las mujeres, los pobres, los sindicatos— en lugar de enfrenar a las élites.

Su objetivo estratégico es claro: reinstalar a América Latina como periferia extractiva, proveedora de recursos naturales y espacio de valorización del capital financiero global subordinada al occidentalismo. En un contexto donde la disputa geopolítica por minerales críticos, agua y alimentos se intensifica, estas derechas ofrecen a las potencias del norte un modelo de gobiernos dispuestos a garantizar estabilidad a cambio de subordinación.

El caso de Milei es paradigmático en este sentido. Su discurso radicalizado contra el Estado y a favor de la libertad de mercado oculta un programa de entrega de soberanía: alineamiento automático con Estados Unidos e Israel, apertura indiscriminada al capital extranjero, privatización de recursos estratégicos y desmantelamiento de la integración regional. Su figura encarna una derecha que ya no se disfraza de centro, sino que asume con orgullo un proyecto de subordinación colonial.

La pregunta que surge es: ¿cómo fue posible que después de una década y más de progresismos, las nuevas derechas lograran conquistar el poder con tanta fuerza y facilidad? La respuesta tiene varias aristas: el desgaste económico de los progresismos, la ofensiva permanente de los medios y el poder judicial, la desmovilización popular y, sobre todo, la falta de transformación estructural. Cuando los progresismos no avanzaron en cambios profundos —reforma agraria, democratización de los medios, soberanía

financiera— dejaron intactos los instrumentos con los que el capital podía reorganizarse y contraatacar.

El fin de ciclo progresista y el ascenso de las nuevas derechas marcan, entonces, un momento de enorme peligro para América Latina. Pero también abren una oportunidad histórica: la posibilidad de comprender que ni la mera redistribución ni el mero nacionalismo estatal alcanzan si no se construye poder popular autónomo y una estrategia regional capaz de disputar en el tablero global.

Experiencias nacionales y batalla cultural

Argentina: del progresismo al experimento ultraderechista

La Argentina es un caso emblemático para comprender tanto los alcances como los límites del progresismo y el avance de las nuevas derechas. Tras la crisis del 2001, el kirchnerismo inauguró una etapa de recuperación económica basada en la reactivación del mercado interno, la renegociación de la deuda externa y una política de derechos humanos que le dio legitimidad cultural. Durante más de una década, el modelo logró reducir la pobreza, fortalecer al Estado y generar un clima de confianza en la capacidad de la política para transformar la vida de las mayorías.

Sin embargo, el kirchnerismo nunca avanzó en una transformación estructural del aparato productivo ni en la democratización profunda de los medios de comunicación. La concentración económica permaneció intacta y la dependencia de las exportaciones de soja condicionó la política económica. Cuando los precios internacionales cayeron y la inflación aumentó, la derecha encontró terreno fértil para avanzar. El macrismo ganó en 2015 con la promesa de “normalidad” y “apertura al mundo”, pero rápidamente recurrió al endeudamiento masivo con el FMI, lo que provocó una nueva crisis de deuda y el regreso de la pobreza a niveles alarmantes.

El fracaso del macrismo no desarticuló a la derecha, sino que la radicalizó. Javier Milei encarna una nueva fase, donde la retórica liberal libertaria convive con un programa de entrega colonial. Su capacidad de instalarse como outsider se explica tanto por la desilusión frente al macrismo como por el desgaste del progresismo, que no logró ofrecer un horizonte convincente a las nuevas generaciones. Argentina se convirtió, así, en laboratorio de una derecha extrema que promete soluciones mágicas en nombre de la “libertad” pero que en realidad busca consolidar un nuevo ciclo de subordinación.

Brasil: el péndulo entre inclusión y reacción

Brasil vivió bajo Lula y Dilma un período de crecimiento económico y reducción de la pobreza sin precedentes. El boom de commodities permitió financiar programas sociales masivos, expandir el crédito y mejorar el acceso a la educación superior. Sin embargo, el modelo se sostuvo en la exportación de materias primas y en la alianza con sectores empresariales que nunca abandonaron su compromiso con la agenda neoliberal.

La derecha brasileña encontró en el *lawfare* un arma poderosa. La operación Lava Jato, presentada como cruzada anticorrupción, terminó siendo un mecanismo de persecución selectiva que destruyó la reputación del PT, encarceló a Lula y allanó el camino para la

llegada de Bolsonaro. Con un discurso ultraconservador, apoyado en iglesias evangélicas y en un uso intensivo de las redes sociales, Bolsonaro logró articular a sectores populares en torno a un proyecto que combinaba neoliberalismo económico, militarismo y fundamentalismo religioso.

Su gestión fue desastrosa en términos sociales y sanitarios, pero dejó instalada una matriz de derecha radical que sigue condicionando la política brasileña. La vuelta de Lula en 2023 marcó una victoria importante para el progresismo, pero el escenario es más adverso que en 2003: la sociedad está más polarizada, las instituciones debilitadas, su esquema de alianzas es aún más complejo y las élites empresariales menos dispuestas a ceder.

Bolivia: entre la revolución indígena y el golpe de 2019

El proceso encabezado por Evo Morales y el MAS representó una de las experiencias más audaces del progresismo. La nacionalización de hidrocarburos, la refundación del Estado como plurinacional y la reducción drástica de la pobreza convirtieron a Bolivia en un faro regional. Sin embargo, el golpe de 2019 mostró hasta qué punto las transformaciones eran frágiles. La combinación de racismo estructural, intereses empresariales y la acción directa de la OEA y de Estados Unidos permitió derrocar a Evo bajo el pretexto de un supuesto fraude electoral.

La posterior resistencia popular y el retorno del MAS al poder en 2020 demostraron la fuerza del movimiento indígena-campesino, pero también evidenciaron que la disputa por el poder no se libra únicamente en las urnas. Mientras las bases sociales mantienen una capacidad de movilización notable, las élites siguen buscando dividir y desestabilizar.

Venezuela: resistencia y asedio permanente

El chavismo es, sin duda, la experiencia progresista que más desafió al imperialismo. Desde la llegada de Hugo Chávez en 1999, Venezuela impulsó una política de nacionalización, redistribución y participación popular que modificó radicalmente la vida de millones. Sin embargo, la dependencia del petróleo como fuente de divisas convirtió al país en blanco vulnerable de la guerra económica y del bloqueo impuesto por Estados Unidos.

La derecha venezolana, apoyada en la presión internacional y en una campaña mediática global, buscó reiteradamente derrocar al gobierno por vías violentas o mediante sanciones que agravaron la crisis. A pesar de ello, el chavismo resistió y consolidó un aparato político que combina institucionalidad estatal con organización comunal. Venezuela muestra tanto las posibilidades de un proyecto radical como los costos de enfrentar directamente al imperialismo sin lograr diversificar a tiempo la base productiva.

México: el progresismo tardío

México vivió décadas de neoliberalismo extremo, consolidado desde el TLCAN de 1994. La llegada de Andrés Manuel López Obrador en 2018 marcó un cambio histórico: por primera vez en décadas, un gobierno cuestionaba el dogma neoliberal desde el centro del sistema político. AMLO combinó un discurso de soberanía con políticas sociales que beneficiaron a millones de personas, pero sin romper con la lógica extractivista ni con la dependencia del vínculo con Estados Unidos.

El progresismo mexicano es, en muchos sentidos, tardío. Mientras gran parte de Sudamérica vivió la ola progresista en los 2000, México la experimenta en los años 2020, en otro escenario global y con una economía más entrelazada con la de Estados Unidos. Su futuro dependerá en gran medida de la capacidad de mantener un rumbo soberano en un contexto de fuerte presión externa. En buena medida esto estará relacionado con la capacidad de asimilar la experiencia del progresismo sudamericano, que lleva una ventaja de dos décadas. Llegar tarde tiene esa ventaja.

Perú y Ecuador: la fragilidad del cambio

En Perú, la elección de Pedro Castillo en 2021 fue un hecho inédito: un maestro rural, sindicalista e indígena llegaba al poder en un país históricamente dominado por élites criollas y limeñas. Su gobierno despertó expectativas en sectores marginados, pero desde el primer día enfrentó un acoso permanente del Congreso, de los medios y del poder judicial. La falta de experiencia política, sumada a la hostilidad institucional, derivó en su destitución en 2022 bajo acusaciones de “incapacidad moral”. El caso Castillo muestra la extrema dificultad de sostener un proyecto popular en un país sin bases organizativas sólidas y con instituciones controladas por las élites.

Ecuador, por su parte, pasó de la década de la “Revolución Ciudadana” de Rafael Correa a un ciclo de restauración neoliberal. Lenín Moreno, elegido como sucesor, traicionó el programa y se alineó con el FMI, abriendo paso a una derecha que reinstaló el ajuste y reprimió con dureza las protestas indígenas de 2019. Guillermo Lasso profundizó esa línea, y Daniel Noboa busca consolidarla, con un discurso de modernización que oculta el mismo patrón de dependencia y subordinación.

Una observación que es necesario plantear, es la indolencia que se observa entre los gobiernos progresistas hacia la integración y solidaridad mutua ¿Por qué, ante los golpes blandos y duros, la violencia, las agresiones y todo el acoso y asedio de las derechas, no hay un accionar más comprometido de defensa mutua?

Batalla cultural y hegemonía

Más allá de los casos nacionales, lo que une a las nuevas derechas es su capacidad de disputar el terreno cultural. El progresismo, pese a sus logros materiales, no logró construir una contrahegemonía sólida. La narrativa del consumo, del emprendedurismo y de la seguridad fue utilizada por las derechas para reinstalar valores neoliberales en amplios sectores de la sociedad.

La utilización intensiva de redes sociales, la propagación de noticias falsas y la apelación a emociones negativas —miedo, enojo, resentimiento— permitieron a las derechas construir identidades políticas fuertes. Presentaron a los progresismos como corruptos, ineficientes o autoritarios, erosionando su legitimidad. A la vez, se apropiaron del lenguaje de la libertad para convertirlo en sinónimo de mercado y competencia, desplazando la noción de libertad como igualdad y justicia social.

El resultado es una batalla cultural en la que los progresismos se vieron a la defensiva. Sin un proyecto cultural robusto, sus políticas sociales quedaron desprotegidas frente a la

ofensiva ideológica. Allí reside uno de los aprendizajes centrales de este período: sin hegemonía cultural, los avances materiales pueden ser rápidamente revertidos.

Tal vez la experiencia cubana desprenda algunas claves para avanzar en sentido popular.

Balance crítico y tensiones abiertas

Balance del ciclo progresista

Los gobiernos progresistas de comienzos del siglo XXI representaron un quiebre en la historia reciente de América Latina. Lograron interrumpir el consenso neoliberal, devolver centralidad a la política, ensayar experiencias de integración regional y reducir la pobreza en dimensiones significativas. Durante más de una década, millones de latinoamericanos vivieron con la expectativa de que otro rumbo era posible.

Sin embargo, los progresismos se encontraron con límites estructurales que no supieron —o no quisieron— atravesar. La dependencia del extractivismo, la fragilidad de las economías periféricas, la concentración mediática y financiera y la ausencia de transformaciones profundas en las relaciones de poder marcaron un techo a sus proyectos. En muchos casos, los progresismos administraron mejor la inserción dependiente, pero no lograron construir soberanía plena ni un bloque histórico alternativo.

En términos gramscianos, fueron revoluciones pasivas: ampliaron derechos e incorporaron demandas populares, pero sin alterar las bases del poder económico. No lograron, salvo excepciones parciales, consolidar un sujeto popular organizado capaz de sostener los avances frente a la ofensiva reaccionaria. El Estado fue visto como el principal motor de transformación, lo que generó logros pero también fragilidades. Cuando el Estado fue cooptado o erosionado, el proyecto completo se derrumbó.

Las nuevas derechas como restauración y como novedad

El ascenso de las nuevas derechas no puede leerse solo como una vuelta al pasado. Son proyectos restauradores, sí, en tanto buscan reinstalar la hegemonía neoliberal y reubicar a América Latina como periferia extractiva. Pero también son novedosos en su forma: combinan neoliberalismo económico con populismo reaccionario, apelan a las emociones antes que a los programas coherentes y utilizan intensivamente las redes sociales y las fake news.

Las nuevas derechas no prometen ya un futuro de modernización y desarrollo, como lo hicieron en los noventa. Prometen orden, seguridad, consumo y libertad entendida como ausencia de regulación estatal. En muchos casos, su discurso es abiertamente anti-político: se presentan como outsiders que vienen a “barrer la casta” o a terminar con la corrupción. De este modo, logran canalizar el enojo social contra los propios progresismos, acusándolos de haber traicionado sus promesas.

En el plano geopolítico, las nuevas derechas apuestan a un alineamiento automático con Estados Unidos e Israel. Su estrategia es clara: ofrecer recursos naturales, territorios y mercados a cambio de apoyo financiero y político. Esta subordinación se disfraza bajo el

discurso de la “apertura al mundo”, pero en realidad significa mayor dependencia y pérdida de soberanía.

La disputa por el sentido común

Una de las claves del ascenso de las derechas fue la disputa por el sentido común. Los progresismos, al priorizar la gestión económica y social, descuidaron el terreno cultural. La batalla por las ideas quedó librada en gran medida a los grandes medios de comunicación, que siguen en manos de las élites. Las redes sociales, lejos de democratizar el debate, se convirtieron en espacios donde proliferan discursos de odio y campañas de desinformación.

La derecha logró instalar que la corrupción era patrimonio exclusivo de los progresismos, ocultando sus propias tramas de negocios. Consiguió también reposicionar valores patriarcales y conservadores, presentándolos como reacción frente a las luchas feministas y de diversidad sexual. En sociedades atravesadas por la desigualdad y la inseguridad, el discurso del orden tuvo más fuerza que el de la inclusión.

El progresismo no logró consolidar una narrativa cultural contrahegemónica. Allí radica uno de los grandes desafíos para el futuro: no basta con redistribuir, es necesario disputar el sentido de la libertad, de la democracia, de la patria. Si la libertad queda asociada al mercado y la democracia a la mera formalidad electoral, las derechas seguirán teniendo ventaja.

Tensiones hacia un nuevo ciclo

La situación actual de América Latina está marcada por tensiones profundas. Por un lado, la persistencia de demandas populares insatisfechas: hambre, precarización laboral, falta de vivienda, violencia estatal. Por otro lado, la ofensiva de derechas que promete soluciones rápidas y autoritarias. Entre ambas fuerzas, el progresismo intenta reinventarse, con logros parciales y enormes contradicciones.

La gran pregunta es si la región podrá avanzar hacia un proyecto emancipador que supere tanto el neoliberalismo clásico como los límites del progresismo. Para ello será necesario:

- **Construir soberanía económica**, rompiendo la dependencia del extractivismo y avanzando en industrialización, innovación tecnológica y soberanía financiera.
- **Fortalecer el poder popular**, no como clientela del Estado, sino como sujeto autónomo capaz de disputar en todos los terrenos: sindical, barrial, indígena, feminista, estudiantil, político, económico, partidario, histórico.
- **Impulsar la integración regional**, no solo como coordinación entre gobiernos, sino como articulación de pueblos y movimientos.
- **Enlazar con las luchas globales**, reconociendo que América Latina no está sola: la resistencia de Palestina y una gran parte de M.O., los procesos anticoloniales del Sahel, las disputas en Asia y África forman parte de un mismo tablero donde se juega la posibilidad de un Sur Global que desafíe la hegemonía del Norte.

Conclusión de la Parte I

La historia reciente muestra con claridad los límites del progresismo y los peligros de las nuevas derechas. América Latina no puede resignarse a ser un péndulo entre redistribuciones parciales y restauraciones neoliberales. La alternativa está en construir un horizonte propio, enraizado en sus pueblos y articulado con las luchas del Sur Global.

La segunda parte de este ensayo se adentrará en ese escenario global: el declive del orden unipolar, el ascenso de nuevas potencias, la resistencia en Medio Oriente, la insurgencia en el Sahel y las oportunidades que se abren para una América Latina que decida no ser más la periferia resignada, sino protagonista de una transformación emancipadora.

PARTE II

El declive del orden unipolar y la disputa global

El fin de la unipolaridad

Desde la caída de la Unión Soviética en 1991 hasta comienzos del siglo XXI, el mundo vivió bajo un orden unipolar hegemonizado por Estados Unidos. La globalización neoliberal, la expansión del libre comercio y el poder de instituciones como el FMI y el Banco Mundial parecían consolidar una dominación sin contrapesos. América Latina sufrió ese dominio en carne propia: programas de ajuste estructural, endeudamiento, privatizaciones y subordinación política.

Sin embargo, esa unipolaridad comenzó a resquebrajarse. La crisis financiera de 2008 fue un punto de inflexión: puso en evidencia la fragilidad del capitalismo estadounidense y abrió espacio para el ascenso de China como potencia global. A partir de allí, el escenario internacional se tornó crecientemente multipolar y conflictivo.

Hoy, la operación especial rusa sobre Ucrania y el enfrentamiento proxy con la OTAN, la ofensiva de la resistencia palestina, los procesos anticoloniales en el Sahel africano y la disputa por los minerales estratégicos en América Latina son expresiones de esa transición. El viejo orden basado en la hegemonía indiscutida de Estados Unidos ya no tiene capacidad de disciplinar al mundo como en los noventa. La multipolaridad no garantiza automáticamente un mundo más justo, pero sí abre grietas en las que los pueblos del Sur pueden encontrar oportunidades.

Medio Oriente: la persistencia de la resistencia

El caso palestino es un ejemplo paradigmático. Durante décadas, el pueblo palestino ha resistido la ocupación y el apartheid israelí con un costo humano enorme. La ofensiva militar israelí, apoyada de manera sistemática por Estados Unidos y sus aliados europeos, busca exterminar la posibilidad de una Palestina soberana. Sin embargo, la resistencia no se rinde: desde la primera intifada en los ochenta hasta las movilizaciones masivas y las acciones armadas más recientes, la lucha palestina sigue siendo un símbolo de dignidad para todo el Sur Global.

Esa resistencia tiene una resonancia directa en América Latina. No solo por la solidaridad internacionalista de movimientos sociales, sino porque pone de relieve una cuestión clave: los pueblos no aceptan pasivamente la dominación imperial. La lucha palestina

demuestra que incluso frente a un adversario militarmente superior, la resistencia popular puede sostenerse en el tiempo y erosionar la legitimidad del opresor.

Más allá de Palestina, el Medio Oriente ha sido escenario de múltiples procesos de resistencia: desde la resistencia libanesa de Hezbollah, el paradigmático y heroico compromiso solidario y anti imperialista yemení y, por supuesto, la aplastante lección de soberanía iraní en la “guerra de los 12 días”, dejaron en claro que el orden impuesto por las potencias occidentales no es estable.

El Sahel africano: un laboratorio anticolonial

Otro epicentro de resistencia se ubica en África, particularmente en el Sahel. Países como Mali, Burkina Faso y Níger han experimentado en los últimos años una ola de revueltas que fueron acompañadas y acaudilladas por sectores bajos de la oficialidad y la sub oficialidad de los ejércitos nacionales que, lejos de responder a la lógica clásica de restauraciones pro-occidentales, se han presentado como procesos de ruptura con Francia y las viejas potencias coloniales.

El rechazo a la presencia militar francesa, el cuestionamiento a los acuerdos económicos que drenan recursos hacia Europa y la búsqueda de nuevas alianzas con potencias como Rusia o China expresan un hartazgo profundo frente a siglos de saqueo colonial. Estos procesos aún están en disputa y su desenlace es incierto, pero marcan un dato clave: incluso en una región históricamente subordinada, emergen proyectos que buscan recuperar soberanía.

Para América Latina, la experiencia del Sahel tiene una enseñanza clara: la resistencia al colonialismo no es cosa del pasado. Es parte del presente, y muestra que incluso en contextos de extrema precariedad, los pueblos y las élites nacional-populares pueden desafiar a las viejas metrópolis.

América Latina en la disputa multipolar

En este escenario, América Latina vuelve a cobrar relevancia. Sus recursos naturales — litio, cobre, tierras raras, agua, biodiversidad— son cada vez más codiciados por las potencias. La transición energética global coloca a la región en el centro de una disputa estratégica. Estados Unidos busca asegurar su control mediante coerciones comerciales, bases militares y presiones diplomáticas. China, por su parte, ofrece financiamiento, infraestructura y comercio en condiciones menos condicionadas políticamente, aunque también genera nuevas dependencias.

La multipolaridad abre oportunidades, pero también riesgos. América Latina puede aprovechar la competencia entre potencias para ganar márgenes de autonomía, pero también puede convertirse en escenario de una nueva guerra fría donde sus pueblos paguen los costos. La clave está en construir una estrategia regional que no se limite a elegir entre Washington o Beijing, sino que plantee un horizonte propio desde el Sur Global.

El lugar del Sur Global

El concepto de Sur Global ha ganado centralidad en los últimos años. Más que una categoría geográfica, es una categoría política: agrupa a los países y pueblos que han sufrido la colonización, el saqueo y la subordinación. Desde América Latina hasta África, desde Asia hasta Medio Oriente, el Sur Global expresa la posibilidad de un frente común contra la hegemonía del Norte.

En foros internacionales, como los BRICS o la CELAC, comienzan a escucharse voces que cuestionan el orden mundial y demandan mayor autonomía. Pero la verdadera fuerza del Sur Global no está solo en las cumbres diplomáticas, sino en la resistencia de los pueblos. Allí se teje una red de dignidad que, aunque fragmentaria, tiene el potencial de convertirse en alternativa global.

América Latina entre potencias y la integración pendiente

Estados Unidos y la persistencia de la Doctrina Monroe

Desde el siglo XIX, Estados Unidos consideró a América Latina como su “patio trasero”. La Doctrina Monroe, enunciada en 1823, fue la base ideológica de una política de dominación que combinó intervenciones militares, golpes de Estado y control económico. En la Guerra Fría, esa política se tradujo en dictaduras militares sostenidas por Washington para frenar cualquier intento de cambio social.

Hoy, en pleno siglo XXI, la Doctrina Monroe sigue vigente bajo nuevas formas. Estados Unidos mantiene más de 70 bases militares en la región, promueve tratados de libre comercio y utiliza a la OEA como brazo político para legitimar intervenciones. El golpe en Bolivia en 2019 y la persecución contra líderes progresistas en varios países muestran que Washington no ha renunciado a disciplinar a la región cuando percibe riesgos para sus intereses.

En la disputa global actual, Estados Unidos necesita asegurar su control sobre América Latina, no solo por razones económicas, sino también estratégicas. El litio del Triángulo conformado por Argentina, Bolivia y Chile es clave para la transición energética y la industria tecnológica. El Amazonas, con su biodiversidad y agua dulce, es considerado un recurso estratégico. En ese marco, la política estadounidense combina el discurso de la “democracia y los derechos humanos” con prácticas de injerencia que buscan frenar cualquier autonomía regional.

China: oportunidad y riesgo

China se convirtió en el principal socio comercial de gran parte de América Latina. Su demanda de materias primas impulsó el boom de commodities que sostuvo al progresismo en la primera década del siglo XXI. Además, a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, China financia infraestructura, carreteras, puertos y telecomunicaciones en varios países.

A diferencia de Estados Unidos, China no suele condicionar sus préstamos con exigencias de ajuste fiscal o reformas estructurales. Esto generó la percepción de que ofrece una relación “más simétrica”. Sin embargo, el vínculo también tiene sus riesgos: en muchos

casos, refuerza el carácter primario-exportador de las economías latinoamericanas, al tiempo que desplaza industrias locales. La dependencia no desaparece, solo cambia de centro.

El desafío para América Latina es no repetir con China la misma subordinación que tuvo con Estados Unidos. Para ello necesita negociar colectivamente, definir estrategias de industrialización y evitar que cada país se relacione de manera aislada y en condiciones de debilidad.

Europa: nostalgia colonial y greenwashing

La Unión Europea mantiene un vínculo ambivalente con América Latina. Por un lado, promueve tratados de libre comercio, como el acuerdo UE-Mercosur, que buscan abrir los mercados latinoamericanos a productos europeos mientras colocan a la región como proveedora de materias primas. Por otro lado, intenta presentarse como aliada en temas de transición energética y cambio climático.

Sin embargo, esa retórica “verde” muchas veces encubre una estrategia de apropiación de recursos. El interés europeo en el litio, en la energía renovable y en la biodiversidad latinoamericana reproduce la lógica extractivista, solo que bajo un discurso ambientalista. El riesgo es que la transición ecológica del Norte se realice a costa de una nueva ola de saqueo en el Sur.

La necesidad de la integración regional

Frente a estas disputas, la única salida viable para América Latina es la integración regional. Ningún país, por grande que sea, tiene capacidad de negociar en condiciones de igualdad con potencias como Estados Unidos, China o la Unión Europea. Solo un bloque articulado puede aspirar a cierto margen de autonomía.

La primera ola progresista generó intentos en esa dirección. UNASUR buscó coordinar políticas de defensa y mediación de conflictos sin injerencia de Washington. El ALBA planteó una integración solidaria, basada en el intercambio justo y la cooperación. La CELAC se consolidó como espacio político que excluye formalmente a Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, la falta de continuidad política y las divisiones internas debilitaron estos proyectos.

Hoy, la urgencia de una integración renovada es mayor que nunca. El litio, el Amazonas, el Atlántico Sur, el control de los alimentos y el agua son recursos estratégicos que solo pueden ser defendidos colectivamente. Además, la integración no puede limitarse a acuerdos entre gobiernos: debe incluir a movimientos sociales, sindicatos, pueblos originarios, feminismos y juventudes.

Hacia un Mercosur social y un ALBA de los pueblos

Un desafío clave es re imaginar las instituciones regionales. El Mercosur, concebido originalmente como unión aduanera, debe ser transformado en un espacio de coordinación productiva y social. El ALBA, en lugar de limitarse al intercambio entre Estados, podría convertirse en plataforma de cooperación entre pueblos y movimientos.

La CELAC debe reforzar su capacidad para actuar en bloque frente a los organismos internacionales.

La integración regional no es un lujo ni un idealismo: es una necesidad de supervivencia. Sin ella, América Latina quedará atrapada entre la presión de las grandes potencias y la ofensiva de las derechas internas que promueven la fragmentación. Con ella, puede aspirar a convertirse en un actor relevante del Sur Global, capaz de aportar a una transformación del orden mundial.

Horizontes emancipadores desde el Sur Global

El poder popular como condición de emancipación

La experiencia de las últimas décadas demuestra que ningún cambio profundo puede sostenerse sin la construcción de poder popular. Cuando los progresismos confiaron exclusivamente en el Estado como motor de transformación, los avances fueron reales pero frágiles. Las derechas aprovecharon esas fragilidades para recuperar el control, muchas veces sin necesidad de golpes militares: bastó con judicializar la política, manipular medios de comunicación o movilizar a sectores de clase media descontentos.

El poder popular implica mucho más que participación electoral o programas sociales. Se trata de la capacidad de los pueblos de organizarse autónomamente, de disputar en todos los terrenos —productivo, cultural, territorial— y de sostener conquistas incluso frente a gobiernos adversos. La historia latinoamericana ofrece ejemplos claros: las comunidades indígenas en Bolivia, que jugaron un rol decisivo en el retorno del MAS tras el golpe de 2019; los movimientos piqueteros en Argentina, que resistieron al neoliberalismo de los noventa y principios de los 2000; o las organizaciones campesinas en Brasil, que siguen disputando tierra y producción frente a los agronegocios. También el neozapatismo, los municipios autónomos, las policías comunitarias, las escuelas integrales y las formas de economía alternativa en México.

Feminismos y disidencias: una revolución en curso

En paralelo, América Latina ha sido epicentro de una ola feminista y de diversidad sexual que transformó radicalmente el panorama político. Desde el movimiento “Ni Una Menos” en Argentina hasta las luchas por el aborto legal, seguro y gratuito, pasando por las mareas verdes y moradas en México y Chile, el feminismo se consolidó como una de las fuerzas más dinámicas de la región.

Los feminismos latinoamericanos no se limitaron a demandas individuales, sino que vincularon la lucha contra la violencia patriarcal con la lucha contra el capitalismo, el racismo y el colonialismo. Esta perspectiva interseccional permitió ampliar la base social y cuestionar no solo al orden patriarcal, sino también a los progresismos que reprodujeron prácticas machistas o invisibilizaron a las disidencias.

El protagonismo de las mujeres y disidencias constituye uno de los horizontes más potentes de transformación. Allí donde los proyectos progresistas quedaron atrapados en

liderazgos masculinos carismáticos, los feminismos abren la posibilidad de formas horizontales, plurales y colectivas de poder.

Sin embargo, la concepción y política del feminismo se ha transformado en un terreno de disputa, donde concepciones de un feminismo liberal han hecho pie y amenazan con abortar un proceso emancipador clasista.

Luchas indígenas y horizonte plurinacional

Otro eje fundamental son las luchas indígenas. En países como Bolivia y Ecuador, los pueblos originarios protagonizan procesos de resistencia y transformación que cuestionan la matriz colonial de los Estados. La idea de un Estado plurinacional, consagrada en la Constitución boliviana de 2009, representa un avance histórico: reconoce la diversidad cultural y territorial, y coloca en el centro la necesidad de superar el colonialismo interno.

En Chile, el estallido social de 2019 abrió el camino a un proceso constituyente donde las demandas indígenas y feministas tuvieron protagonismo, aunque luego fueron bloqueadas por la reacción conservadora.

La plurinacionalidad no es solo un reclamo cultural, sino un horizonte político que cuestiona la idea de Estado-nación homogéneo y propone nuevas formas de convivencia, más democráticas y respetuosas de la diversidad.

Ecología y defensa de los bienes comunes

La crisis climática global coloca a América Latina en el centro de un dilema: seguir siendo proveedora de materias primas para el Norte o convertirse en ejemplo de un desarrollo alternativo basado en la defensa de los bienes comunes. El Amazonas, el litio, el agua y la biodiversidad no son solo recursos económicos, sino territorios de vida que deben ser protegidos frente al extractivismo depredador.

Los movimientos socioambientales en la región han crecido de manera notable. Desde la resistencia a la megaminería en Argentina y Perú hasta las luchas contra la deforestación en Brasil, pasando por la defensa del agua en Uruguay y Chile, la ecología popular se consolidó como un actor central. Estos movimientos no solo cuestionan a las derechas neoliberales, sino también a los progresismos que reprodujeron el extractivismo bajo nuevas formas.

En México también hay luchas importantes en defensa del territorio, los recursos naturales, el agua, contra la deforestación y contaminación, contra la minería y el fracking, del que ya se empieza a promover en el país.

La articulación entre ecología, feminismos e indígenas abre un horizonte de transformación que va más allá de la lógica estatal y que coloca en el centro la defensa de la vida.

América Latina y el Sur Global: articulación necesaria

El horizonte emancipador no puede ser solo nacional ni siquiera regional: debe ser global. América Latina comparte con África, Asia y Medio Oriente una historia común de

colonización, saqueo y subordinación. Hoy, la resistencia palestina, los procesos anticoloniales en el Sahel y las luchas campesinas en Asia expresan una misma dinámica: los pueblos del Sur Global no aceptan resignadamente el orden imperial.

América Latina tiene la posibilidad de articularse con esas luchas en múltiples niveles: diplomático, económico y, sobre todo, social. Los BRICS ampliados son un ejemplo de cómo los países del Sur buscan generar instituciones alternativas al FMI o al Banco Mundial. Pero más allá de los Estados, la articulación de los distintos movimientos sociales puede construir un internacionalismo desde abajo, que dé sustento real a un nuevo orden mundial.

Ética de la liberación y horizonte civilizatorio

En última instancia, el desafío no es solo político o económico, sino civilizatorio. La modernidad capitalista, basada en el saqueo de los bienes comunes, la destrucción de la naturaleza y en la explotación de los pueblos, muestra signos de agotamiento global. América Latina puede aportar desde sus tradiciones indígenas, sus feminismos y sus movimientos sociales una alternativa civilizatoria: el *buen vivir*, la reciprocidad, la solidaridad como principios rectores de la vida en común.

La ética de la liberación, planteada por pensadores como Enrique Dussel, invita a repensar la política desde el sufrimiento de las víctimas del sistema. Colocar en el centro la voz de los oprimidos, de los condenados de la tierra, es la condición para un proyecto verdaderamente emancipador.

Hoja de ruta para el siglo XXI

Aprendizajes del pasado reciente

América Latina ya ha transitado varias experiencias que dejan lecciones valiosas. La ola progresista de comienzos del siglo XXI demostró que es posible redistribuir riqueza, ampliar derechos e impulsar proyectos de integración regional. Pero también mostró que sin transformaciones estructurales —en la matriz productiva, en la propiedad de la tierra, en la democratización de la comunicación, en el protagonismo popular y en la soberanía financiera— los avances son vulnerables a las ofensivas del capital.

Las nuevas derechas, por su parte, enseñan que el neoliberalismo no necesita presentarse con rostro tecnocrático: puede adoptar formas populistas, reaccionarias y digitales, interpelando a sectores populares desde el resentimiento y la promesa de un orden restaurado. La región no puede subestimar estas derechas, que son modernas en su uso de la tecnología, aunque regresivas en lo social y lo económico.

El desafío es superar tanto las limitaciones del progresismo como la amenaza de las derechas, construyendo un camino propio.

Ejes estratégicos para un nuevo proyecto

1. **Soberanía económica y tecnológica.**
La región necesita controlar sus recursos estratégicos, como el litio, el petróleo,

el gas y el agua. No basta con nacionalizarlos: es necesario industrializarlos en origen, desarrollar tecnología propia y evitar la reprimarización. Esto implica una política de ciencia y técnica con inversión sostenida y cooperación regional.

2. **Integración regional como política de Estado.** La integración no puede depender de los vaivenes electorales. Debe ser asumida como política de Estado, sostenida por gobiernos comprometidos con la autonomía. UNASUR, ALBA y CELAC deben ser fortalecidas y ampliadas, incorporando no solo a gobiernos, sino también a movimientos sociales y populares.
3. **Democratización de la comunicación y batalla cultural.** Es imprescindible disputar el sentido común. Esto requiere democratizar los medios de comunicación, regular a las grandes plataformas digitales y promover narrativas emancipadoras. La batalla cultural no es secundaria: define la capacidad de sostener avances y enfrentar retrocesos.
4. **Poder popular y autonomía de los movimientos.** Sin organización popular autónoma, cualquier cambio es reversible. Los sindicatos, movimientos feministas, indígenas, campesinos y juveniles deben fortalecer su capacidad de acción independiente, incluso cuando gobiernan fuerzas progresistas. El poder popular no es un apéndice del Estado: es la garantía de que los pueblos no quedarán desarmados frente a la reacción. El pueblo plebeyo siendo sujeto social transformador y actuando como clase para sí.
5. **Horizonte ecologista y plurinacional.** La crisis climática obliga a repensar el modelo de desarrollo. El extractivismo, incluso bajo gobiernos progresistas, genera conflictos sociales y ambientales. El horizonte debe ser la transición hacia un modelo sustentable, basado en energías renovables, soberanía alimentaria y respeto por los territorios. La plurinacionalidad ofrece un camino para repensar los Estados desde la diversidad.
6. **Articulación Sur-Sur.** América Latina debe mirarse en espejo con África, Asia y Medio Oriente. La resistencia en Medio Oriente y los procesos anticoloniales del Sahel son parte de un mismo frente global contra la hegemonía del Norte. La región debe ser vanguardia en la construcción de un internacionalismo del siglo XXI, basado en la solidaridad de los pueblos.

Una ética para el nuevo tiempo

El horizonte no puede limitarse a cálculos de poder. Requiere una ética de la liberación que coloque en el centro la dignidad humana y la defensa de la vida. En un mundo donde la lógica del capital amenaza con destruir la naturaleza, la vida misma y precarizar aún más la existencia, América Latina tiene el potencial de ofrecer una alternativa civilizatoria. El *buen vivir*, las cosmovisiones indígenas, los feminismos y las prácticas de solidaridad popular constituyen semillas de un mundo distinto.

Síntesis y cierre

La historia no está escrita. América Latina enfrenta el riesgo de consolidarse como periferia extractiva bajo el mando de las nuevas derechas, pero también la posibilidad de convertirse en protagonista de un cambio global. El declive de la unipolaridad y la emergencia del Sur Global abren un espacio para la acción política. La clave está en

aprender de los límites del progresismo, resistir las embestidas reaccionarias y atreverse a construir un horizonte emancipador.

Ese horizonte no será producto de iluminados ni de líderes carismáticos, sino de pueblos organizados, capaces de articular luchas locales con batallas globales. Será feminista, plurinacional, ecologista y popular, o no será.

América Latina tiene por delante la tarea de dejar de ser un laboratorio de ajustes y dependencias para convertirse en un laboratorio de emancipación. En ello se juega no solo su destino, sino también el del Sur Global en su conjunto.

Nicolás Mayr, Izquierda Latinoamericana (Argentina). Sec. Gral. FNT (Federación Nacional de Trabajadores).

Florentino Moreno, Coalición Nacional Sindical de Trabajadores de la Educación. (México).

Prof. Marisela García. Universidad Federal de la frontera sur (Brasil).